

fray Jacinto de San Francisco, que comúnmente le llamaban todos fray Cintos, conquistador que había sido y pobló aquella casa, con ansias y deseos de conquistar espiritualmente las almas de aquellos que con armas había ayudado a conquistar los cuerpos. Esta casa se dio a la custodia de Mechoacan (cuando lo era) y después quedó en la de Zacatecas, cuando se dividió, como queda dicho en su erección y nombramiento. Otra fue la del pueblo de Querétaro, en el principio de la tierra que llaman de Chichimecas, la cual se dio a los frailes de Mechoacan y es ahora de las mejores de aquella provincia.

Dieron noticia de esta dejada de casas, estos padres, al virrey que entonces era el marqués de Falces, por petición que le presentaron, que contenía lo dicho, y protestando no dejarlas por no querer doctrinarlas, ni trabajar en ellas, sino por no poder sustentar su doctrina. Y prometiendo que si el rey les mandase volverlas a recibir, como les diese ministros que les ayudasen, volverían a ellas. Y con esto quedó este caso en el estado dicho.

CAPÍTULO XI. *Que prosigue la materia del pasado*



UANDO LOS INDIOS DE LAS PROVINCIAS Y pueblos dichos se vieron desamparados de los frailes, rodeados de grande desconsuelo recurrieron al virrey y Audiencia Real, pidiendo justicia de aquel agravio que decían hacerles los frailes de San Francisco. Y aunque de este caso ya estaba enterado el virrey, pues por petición se lo habían manifestado y pedido, diese o mandase dar aquellos pueblos a otros ministros de los que había; y asimismo los oidores de la Real Audiencia estaban ya informados y advertidos del caso, para lo que sucediese. Con todo esto, como vino la queja y demanda a su acuerdo, hubieron de proveer entonces, como jueces, lo contrario de lo que como personas particulares habían aprobado; y mandaron que el provincial de San Francisco volviese los frailes a sus casas y cuidasen de aquellas ovejas, como de las otras de que estaban encomendados.

Cuando se proveyó este auto ya estaban en Hueytlalpan, Tlatlahuquitepec y San Juan Iztacmixtitlan puestos clérigos por el obispo de Tlaxcalla, que entonces era; porque no hicieron los frailes más que salir por una parte de los pueblos y entrar ellos por otra y aun en Hueytlalpan estaba ya en una visita de la cabecera administrando; y ésta fue gran parte para dejar aquel monasterio, por el desconcierto que se podía recrecer entre los ministros de la cabecera y los de los sujetos y visita, teniéndose los unos por de Cefas, y los otros por de Apolo; y aunque son todos unos ministros y que van todos en orden de un mismo fin, son diversos los modos con que los unos ministros y los otros enseñan y doctrinan. También en Tehuacan lo había, aunque sucedió en este pueblo volver los frailes, como decimos en el capítulo noño de este libro. En el de Tepexic entraron frailes

dominicos, y en el de Chietla los padres agustinos y en Teotitlan un clérigo que puso el obispo de Huaxacac, por ser de su obispado y jurisdicción; y en demanda y respuestas se pasó algún tiempo y se fue el marqués de Falces, y en el tiempo medio de su ida y venida de otro, gobernó la Audiencia y el presidente de ella, el doctor Villalobos, dio traza, como en Tehuacan se pusiesen frailes, como dejamos dicho, y los otros pueblos que merecieron trueque de religiosos se quitaron y quedaron con los que de presente tienen.

Los de la sierra, como deseosos de perseverar con los padres que los habían criado, no sosegaban en la demanda que traían y en cada ocasión que se ofrecía presentaban su reclamo. Vino por virrey, después del marqués de Falces, don Martín Enríquez; y como estas tres casas caen algo en comarca del camino de la Vera Cruz (como hemos dicho) saliéronle al encuentro y presentáronle su querella y queja y pidiéronle, con grandes encarecimientos, la restitución de los frailes. Y como le supieron hablar, supieron también moverle y tomarle palabra de que los consolaría en su petición. Llegó a Mexico y acordándose de la palabra dada y por nueva instancia de los indios, volvió sobre ello y pidió al provincial, que entonces era fray Miguel Navarro, que diese frailes a aquellos indios; sobre lo cual puso calor e hizo mucha instancia; y apurado el provincial de sus continuos mandatos y peticiones respondió que no tenía frailes, y que si su majestad se los daba los pondría luego, como obediente ministro, como antes había respondido; y a esto añadió otras razones que sólo eran para el pecho del virrey.

Con esto se quedó el caso en este estado, aunque al pueblo de Ehecatepec se le dieron frailes, algunos años después. Con esto quedó esta provincia recogida y amparados unos conventos con otros, porque antes estaba muy distante y derramada; y como los preladados andaban todos a pie, muchos de ellos no tenían lugar de visitar personalmente su provincia, de que hacían escrúpulo y también los frailes distantes y apartados se desconsolaban, no pudiendo gozar la presencia de su pastor, para casos que se les ofrecía de su quietud y consuelo.

CAPÍTULO XIII. *De la fundación de la provincia de Mechoacacan, y de los primeros religiosos que en ella florecieron*



ECHOACAN, EN LENGUA MEXICANA, se deriva de michi, que quiere decir pescado; y así, Mechoacan, significa lugar donde hay abundancia de pescado, como lo hay en aquella tierra, porque hay en ella una hermosa laguna (como en otra parte dejamos dicho) de donde se saca mucho y muy buen pescado. Era reino por sí Mechoacan, antes que los españoles viniesen a estas partes; y aunque no cae muy lejos de Mexico (porque comienzan los términos y mojones, menos de treinta leguas hacia el po-